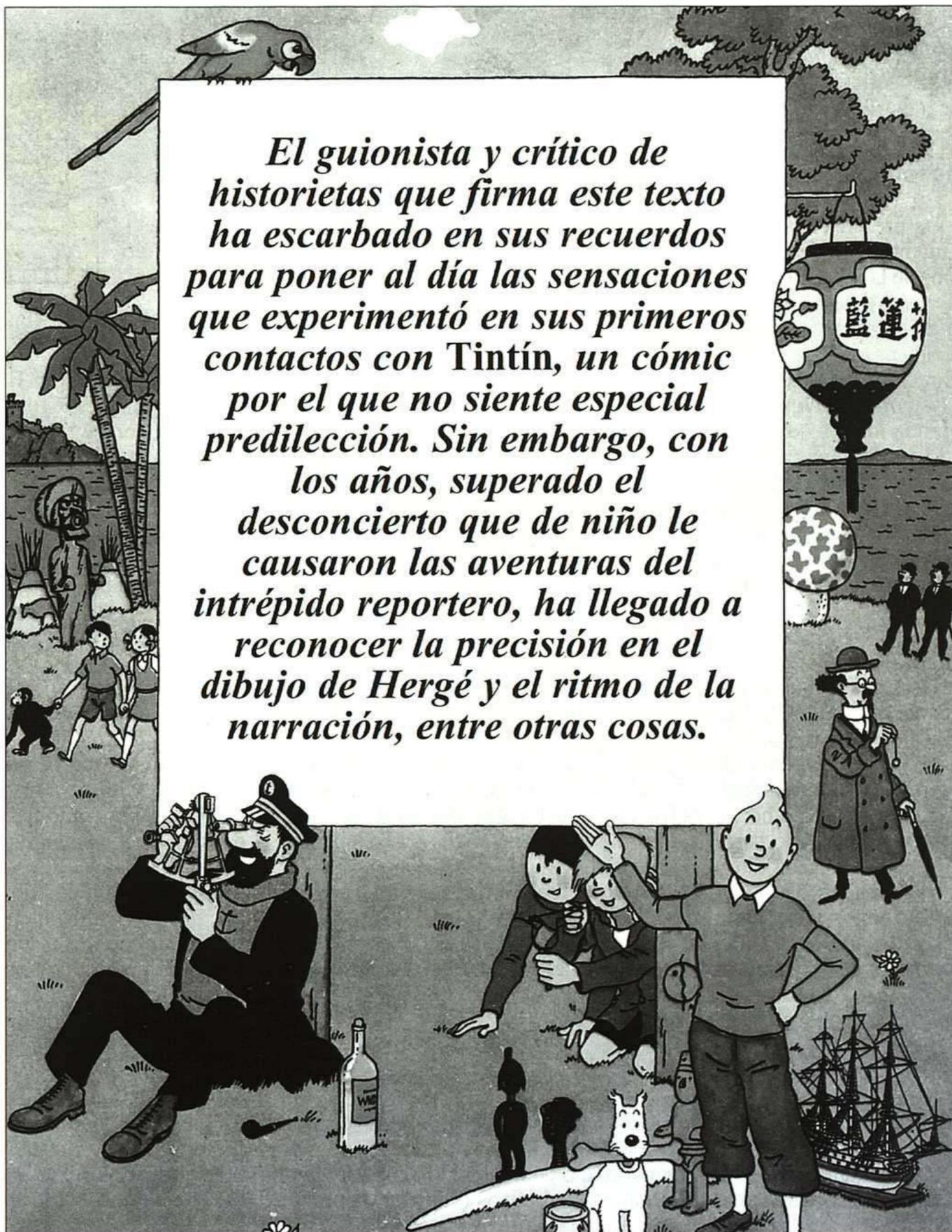


# El Tintín que recuerdo

por **Lorenzo F. Díaz\***

*El guionista y crítico de historietas que firma este texto ha escarbado en sus recuerdos para poner al día las sensaciones que experimentó en sus primeros contactos con Tintín, un cómic por el que no siente especial predilección. Sin embargo, con los años, superado el desconcierto que de niño le causaron las aventuras del intrépido reportero, ha llegado a reconocer la precisión en el dibujo de Hergé y el ritmo de la narración, entre otras cosas.*



Las primeras lecturas de *Tintín* las asocio a padrenuestros escolares, a sesiones de estudio en casa de un tío carnal y a un señor bajito y de voz atiplada hablando por televisión cada fin de año. Un vecino amigo de mi tío, rico, culto y aficionado a los libros de Mingote, me prestaba esos álbumes de tapa dura y lomo de tela, objetos de corte lujoso y coste prohibitivo para una familia obrera que lo más que podía permitirse comprar a su hijo eran tebeos de *El Jabato* y novelas gráficas de «Héroes Modernos».

## Una lectura desconcertante

Aquel vecino me prestaba sus «tintines» en un vano intento de acrecentar mi interés por clásicos de la literatura como *El Lazarillo de Tormes*. Y digo vano porque mi padre ya se había encargado de alimentar mi pasión por la lectura un par de cumpleaños antes regalándome *Los tres mosqueteros* y *Viaje al centro de la Tierra*, en una versión íntegra que devoré con fruición. El vecino nunca consiguió comprender que no me gustase *El Lazarillo de Tormes*, que no pudiera pasar de la primera parte porque me desagradaban el ambiente, las peripecias y los sucesos que relataba. *Tintín*, en cambio, sí me gustaba, aunque no entendía el porqué.

Era un personaje de aspecto pintoresco que recorría el mundo viviendo aventuras acompañado de su perro Milú, pero eran aventuras raras, que no emocionaban nada. Las leía con interés movido por la inercia de la curiosidad. Una curiosidad acrecentada por el hecho de que los leía en desorden y a lo largo de varios días, unas páginas cada día y nunca me enteraba de nada. Sus historias podían empezar con un problema de gasolina explosiva para acabar con un caso de mercaderes de esclavos en alta mar que no tenía nada que ver con gasolinas. Siempre creía haberme perdido algo entre una sesión de lectura y otra, pero prescindía de ese algo y seguía leyendo por curiosidad, por ver qué pasaría a continuación.

Y recuerdo que me daba igual lo que le pudiera pasar al personaje; resultaba más que evidente que era el bueno y que



no moriría al final. Desconcertantemente, pensaba que al Capitán Trueno sí podrían matarle, igual que al Jabato o a los protagonistas de las películas, pero no a *Tintín*, no sabía muy bien por qué. El colmo de ese desapego fue un álbum titulado *Vuelo 714 para Sidney*, único que tuve en propiedad durante muchos años, que conseguí no recuerdo cómo y al que le faltaban las páginas finales. Lo leí no sé cuántas veces. Contenia todo lo que me gustaba de *Tintín*: humor, humor y humor dentro de una historia de aventuras con cierto suspense y con una trama más clara de lo habitual, tal vez debido a estar concentrada dentro de una misma localización geográfica. Cada vez que lo releía me inventaba el final y cada vez el final era distinto. Cuando por fin leí el final auténtico sufrí una desilusión porque todos los míos me parecían más imaginativos que ese encuentro final con extraterrestres donde todo el mundo olvidaba lo sucedido. Era un final anticlimático muy acorde con el desinterés que despertaba en mí el estado físico del niño del mechón.

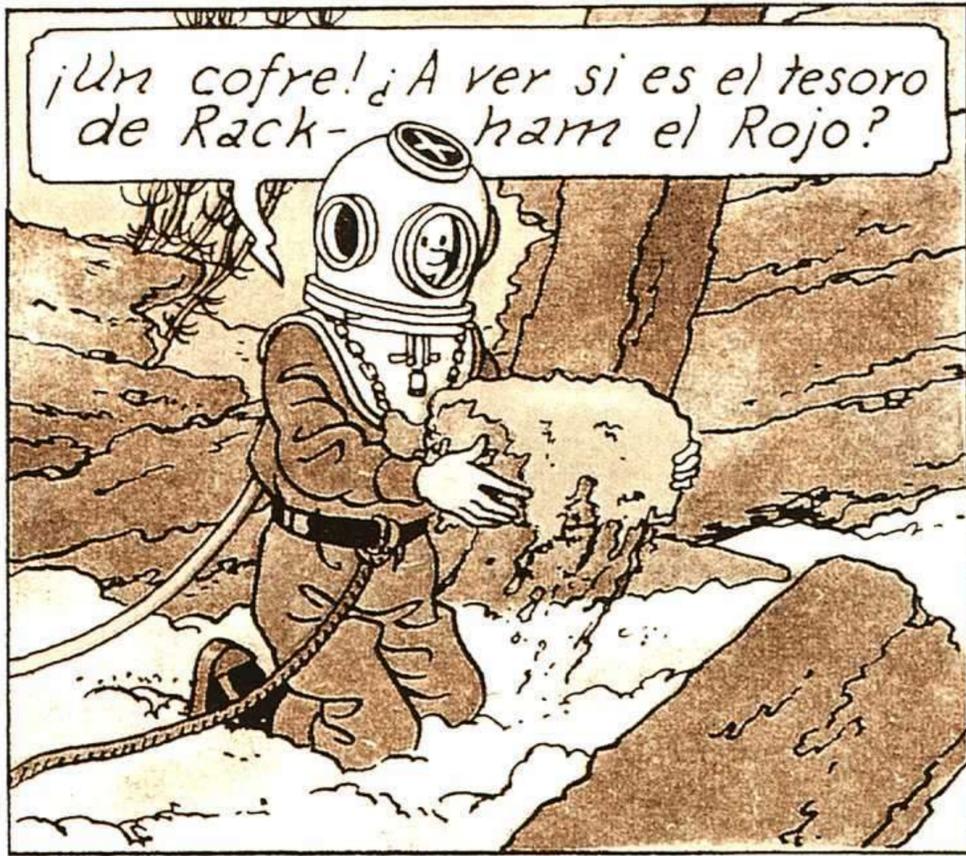
## ¿De qué va el argumento?

Con los años me di cuenta de que *Tintín* era un personaje carente de personalidad reconocible; un conjunto ambulante de adjetivos (valiente, honrado,

inteligente). Si leía *Tintín* no era por *Tintín*, sino por el humor de sus historias, por personajes como Hernández y Fernández, el profesor Tornasol o el capitán Haddock con su rico vocabulario de insultos ridículos (¿qué clase de insulto es «bebe-sin-sed»?).

La diversión que me producían estos personajes superaba el desconcierto de mi caótica lectura de sus andanzas. La casualidad hacía que siempre acabara leyendo la segunda parte de las historias antes que la primera. *Tintín* viajaba a la Luna, pero no sabía por qué (de hecho sigo sin saberlo, aparte de por exigencias del guión). Buscaban el tesoro de Rackham el Rojo, pero no sabía de dónde habían sacado el plano. Viajaban al templo del Sol para rescatar a Tornasol, pero no sabía cómo había desaparecido ni por qué. Y supongo que aún quedará algún álbum que no he leído donde se explica que *Tintín* es hijo de millonario y que por eso no trabaja nunca. Su teórico trabajo de periodista debió de perderlo al segundo o tercer álbum, porque se pasa la vida viajando sin rendir cuentas a nadie y sin escribir ni una maldita línea.

Con los años gané dinero para comprarme mis propios álbumes, pero no encontrarás ningún álbum de *Tintín* en mi casa. Los pocos que compré se los fueron llevando prestados los amigos y nunca me molesté en seguirles el rastro para reclamarlos. Se me olvidaba que



HERGÉ, EL TESORO DE RACKHAM EL ROJO, JUVENTUD, 1964.

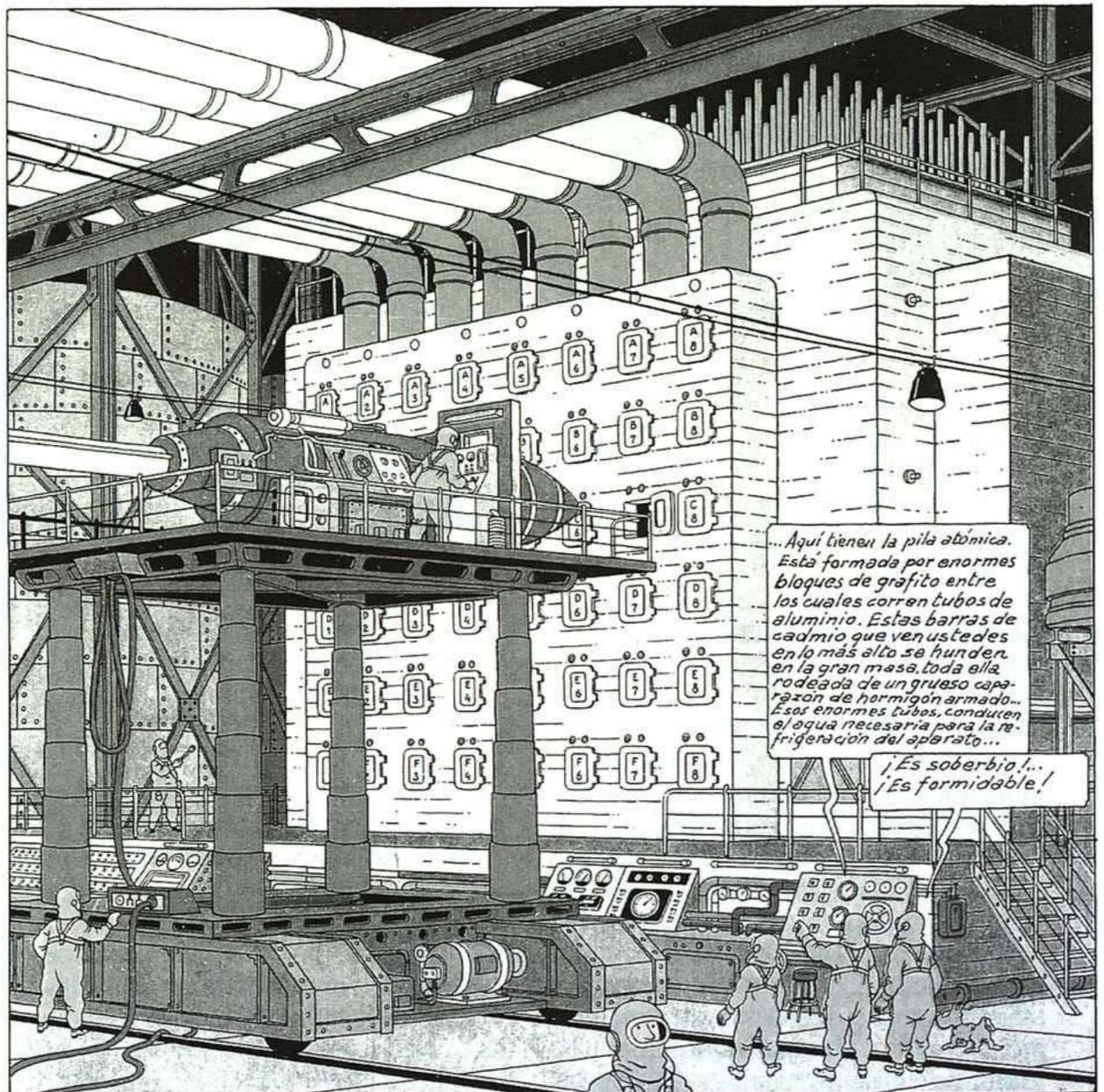
moria me dice que era un buen álbum. Posiblemente de los mejores.

### Imágenes para un recuerdo

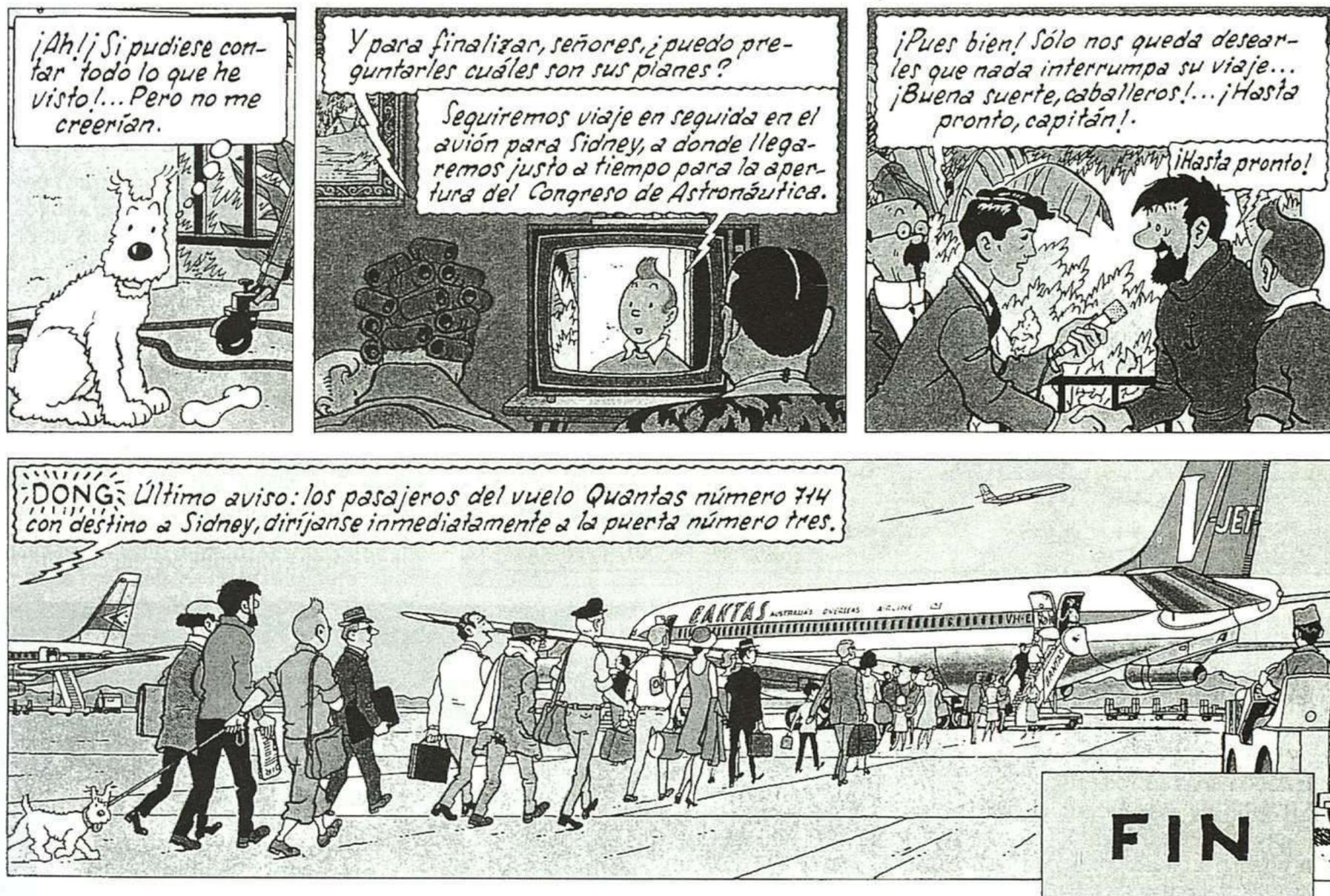
Los años, además de permitirme comprar álbumes de *Tintín* para mis amigos, me permitieron leer las aventuras en orden y comprender que mi desconcierto se debía a que lo de la gasolina explosiva se explicaba en una viñeta al margen de una trama que apenas tenía algo que ver con la gasolina. En realidad, el argumento no importaba, sólo las escenas memorables a que pudiera conducir y que normalmente eran tremendamente largas y llenas de pequeños incidentes divertidos. Un álbum de *Tintín* era como tres cortos de Charlot metidos unos dentro de otros: empezaba con un encuentro

habían estado en mi poder, y que los había dejado. En mayor o menor medida, lo que se presta se reclama porque se echa de menos. Y nunca he echado de menos los «tintines». Pese a parecerme un tebeo admirable y demás, nunca me han dado ganas de releerlo.

Mi falta de interés por el personaje siempre me impidió emocionarme mucho con él. Los álbumes de *Tintín* son como las películas de Charlot. Nadie le niega el talento al del bigote y el bombín, pero dudo que alguien se acuerde del argumento de sus cortometrajes, sólo del humor, de la pantomima, de sus peleas con el matón gordo de turno. *Tintín* es así para mí. No consigo acordarme de la trama de sus álbumes, pero sí de la idea de partida, de sus personajes estrafalarios (los demás son casi inexistentes, ¿alguien se acuerda de la potente personalidad de los hermanos Pájaro de *El secreto del Unicornio?*), de su humor y de la carnicera Sanzot que siempre cogía el teléfono aunque no la llamara nadie. La excepción la proporcionan las historias largas y monotémicas como las del viaje a la Luna, pero también todo el mundo se acuerda de la trama de los largometrajes de Charlot. Y aun así, esas aventuras de Milú son tan retorcidas y poco lineales que no consigo recordar cómo puede dedicarse un álbum como *El tesoro de Rackham el Rojo* a buscar un tesoro que no está donde se busca. Y eso que la me-



HERGÉ, OBJETIVO: LA LUNA, JUVENTUD, 1983.



fortuito con un revolucionario, seguía con un accidente aéreo y un naufragio, para terminar con un chiste mientras se solventaba la trama del revolucionario con una viñeta marginal o un recorte de prensa. Demasiado para que un pobre crío lo retuviera de una semana a otra y posiblemente también fuera demasiado para muchos adultos.

Una ridícula polémica en los años 80 sobre la «adulterez» de Tintín y otras obviedades me hizo reexaminar esas aventuras que hacía tiempo que no leía. Fue entonces cuando me di cuenta de la precisión en el dibujo, del excelente ritmo monocorde que imprimía esa narración en distantes planos generales que servía tanto para las escenas de acción como para el humor. Cuando racionalicé aquello que siempre había sabido sin comprenderlo, descubrí que lo importante en Tintín no era la aventura en sí, sino las peripecias que podía llegar a suscitar di-

cha aventura. Lo que importaba era la búsqueda del tesoro, no que lo encontrasen. Un concepto demasiado adulto para niños que sólo quieren que se coja al malo y ganen los buenos.

Nunca he querido entrar en polémicas absurdas sobre si el autor era de derechas o de izquierdas. De adulto, nunca he conseguido ver nada en su obra que indicase algo significativo en un sentido u otro; los malos son malos y los buenos son buenos y todo lo demás son tópicos y lugares comunes de la época en que se realizaba cada álbum. De niño sólo me interesaban las aventuras y los chistes de cada álbum y creo que nunca saqué ninguna idea negativa de sus lecturas, todo lo más alguna positiva y simple como la amistad o el compañerismo.

Ahora, cuando se renuevan las polémicas más o menos absurdas sobre la filiación ideológica de Hergé (sin tener en cuenta que gran parte de los colabora-

dores que tenía eran de izquierdas y posiblemente más responsables que el propio Hergé de muchos de los álbumes), no puedo dejar de admirarme por el hecho de que aún recuerde tantas cosas de algo que leí hace tantos años. He escrito este texto de memoria, y dudo que me haya equivocado mucho en las referencias, aparte de unir el episodio de los negros al de la gasolina explosiva (error del que me di cuenta hace dos párrafos).

Francamente, no se me ocurre mejor homenaje a la obra de un autor que decir que la recuerdo veinte años después de leerla, aunque sea parcialmente. Sólo recuerdo instantes dispersos, frases, personajes, pero, ¿qué importa que sea incapaz de recordar una trama completa suya? Tampoco recuerdo las de Charlot y era un genio absoluto. ■

\*Lorenzo F. Díaz es guionista y crítico de historietas.